

La última misión

Eric Ramírez Navarro

Acostumbrado a pasar ilegalmente por la frontera de Tijuana, Martín Ramírez se convirtió en un “coyote” experto en muy poco tiempo. Mi padre esquivaba la ley, la suerte, y hasta la mismísima muerte. En su pequeño pueblo de Jalisco, se ganó la fama de coyote y logró pasar a una gran cantidad de habitantes de su pueblo hacia los Estados Unidos. El “Poca-Luz”, como le apodaban sus amigos, se estableció como un coyote exitoso. Durante años, mi padre convirtió algo tan ilegal en toda una profesión.

Llegó un momento cuando el Poca-Luz se cansó de llevar a cabo su papel como coyote. Es ahí cuando decidió regresar a su queridísimo pueblo, San Diego de Alejandría, Jalisco. Regresó después de tantos años a convivir con su familia, amigos y su novia, Patricia Navarro. Con planes de casarse, llevaron a cabo el proceso necesario y tradicional para lograr el matrimonio. Un 3 de julio de 1991 se unieron en matrimonio mis padres.

Con todo planeado, se fueron en su “luna de miel” sin saber cuándo regresarían a su pueblo. Esta no fue una luna de miel típica, fue todo lo contrario. Es verdad, lograron estar en un clima caliente, con mucha arena y bajo las estrellas, pero no fue en un ambiente relajante. Días después de su boda, Martín Ramírez se encontraba llevando a cabo su última misión como coyote. La meta era simple, cruzar a su esposa por la frontera y llegar a los Estados Unidos para empezar su vida.

Con el destino en el aire y una brisa de nervios, empezaron su viaje hacia el otro lado. Ya estando en Tijuana, mis padres esperaron hasta que se oscureciera para emprender su camino hacia un mundo desconocido. Muy sabio de cómo la migra patrullaba la frontera, mi padre decidió tomar el camino más seguro para cruzar al otro lado. Pasaban de las 12 de la noche cuando lentamente empezaron su camino sobre el cálido desierto. Escondiéndose por medio de piedras, huisaches, nopales y arrastrándose entre la arena, el miedo se apoderaba de ellos con cada segundo que pasaba. Después de dos largas horas de estar caminando con los zapatos llenos de arena, se empezaban a acercar a su destino.

“Stop right there, hands on your head!” exclamó el oficial. “En la madre! La migra!”, le dijo mi papá a mi mamá. En el momento menos esperado y de gran sorpresa, se aproximaron cuatro oficiales de la migra armados y preparados a disparar. Mis padres sintieron que se les caía el corazón al escuchar la voz que retumbaba por todo el desierto. En ese momento la adrenalina transitó por las venas de mis padres y su primera reacción fue huir. Corriendo a todo galope sobre piedras, espinas, y huecos en el suelo, no logran huir muy lejos antes de estar rodeados por la migra. Fue ahí donde el sueño americano se convirtió en pesadilla.

Aquí empezaba la luna de miel. Mis padres pasaron una noche en el suelo de una celda fría y muy incómoda. ¡Qué hotel de cinco estrellas ni que nada! Mis padres se dieron el lujo de pasar su primera noche, encerrados y separados.

Al siguiente día fueron deportados. Se encontraban cabizbajos, con hambre, sin dinero y con los sueños destrozados. Siendo la persona que es mi papá, él no se daba por vencido tan fácilmente. Después de contemplarlo con mi mamá, decidieron intentarlo otra vez esa misma noche. De nuevo emprendieron su camino hacia un destino que no conocían. Esta vez corrieron con mucha suerte, y gracias a Dios lograron cruzar la frontera. Esquivando el peligro, superando el miedo y caminando sobre la tierra que a tanta gente se devora, el Poca-Luz concluyó su última misión.